

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 11 DE JULIO DE 1920

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

NUM. 19.168



LA PRINCESA DE LOS OJOS CLAROS, DIBUJO ORIGINAL DE ENRIQUE OCHOA

Ayuntamiento de Madrid

EL FEMINISMO NUEVO

— Después del Congreso de Ginebra —

INDEPENDIENTEMENTE de su importancia social, el hecho de la evolución de la mujer, en estos últimos tiempos, tiene, para los escritores, un interés indudable. La mujer, que llena una mitad de la literatura, condiciona y casi determina la otra mitad, de la que es, constantemente, el móvil; y, alguna vez, la explicación.

Ahora que usamos hablar de las cosas elevadas sin retórica y sin poesía, no cabe entonar el «canto a la mujer» que, veinte años atrás, habría tenido su oportuno lugar en estas cuartillas. No me privaré, por eso, del gusto de hilvanar unas cuantas generalidades, a propósito del tema.

Queda así apuntado, sin decirlo, que el comentario del último Congreso Feminista de Ginebra, al que dedico estas líneas, será entusiasta y simpático; y que hasta me quedo con ganas de transformarlo en quinta esencia de elogio, depurado y lírico.

Me parece, en efecto, que el hecho lo merece. María Martínez Sierra, que ha hablado—y ha hecho hablar—tan bien, con tanto tino y mesura, de este Congreso; que, sin perder de vista al auditorio a que se dirigía, cuidó de ser fervorosa con habilidad, reteniendo y conteniendo el estilo, para no alarmar, y haciendo, de los diversos aspectos del Congreso, pequeñas deducciones vividas y sobrias, acomodadas al campo visual de sus oyentes; María Martínez Sierra que, proyectando estas reducciones, tan gentilmente luminosas y tan certeramente escogidas, sonreía entre líneas, porque no ignora que si el poder de ampliación de un telescopio proporciona a los ojos posibilidades de visión que abrumen y pasan, en cambio, la mansa pequeñez de una lupa, condensando la fuerza solar y reduciendo el Sol a un vivo puntito, nos da, del Sol, la imagen cáustica; María Martínez Sierra, repito, en unas sustanciosas crónicas, que hasta han tenido la preconcebida virtud de sabernos a poco, ha aludido a las varias orientaciones del Congreso de Ginebra, y ha prescindido (creo yo que preconcebidamente también, para señalarlo, muy a lo femenino, por omisión) del hecho capital y más significativo, en la totalidad de la Asamblea. Me refiero al hecho de haber sido éste el primer senado de mujeres feministas—que ayer, no lo olvidemos, se llamaron *sufragistas* en Europa—en que el feminismo se ha presentado con pleno carácter de «feminidad»; sin afeites masculinos, ni masculinizantes, que era peor.

En un Congreso convocado para tratar de la concesión del voto a la mujer, parece que las reunidas se olvidaron de hablar de política. Había que *hacer* otras cosas más concretas; por tanto, infinitamente más prácticas.

En todas las revoluciones va implícita la huella del régimen que derrocan; todas las flores huelen un poco a la tierra en que han brotado. Pasaron años y corrieron riadas de sangre sobre la Revolución Francesa, hasta lavarla de los procedimientos absolutistas que ella tomó del absolutismo, su víctima. Y es preciso destilar y depurar meticulosamente sus jugos para extraer de las flores, sin dejar de tierra, su esencia genuina.

No sé si alguna vez se han determinado, con absoluta precisión histórica, los orígenes del Feminismo.

Yo, personalmente, opino (sería largo, pero sería fácil probarlo por inducción) que fué hombre el primer feminista.

En este caso es obvio y claro que, como todo el que engendra, dejó parte de sí en su idea. Independiente de su voluntad, y aun contra su voluntad, iba implícita su

naturaleza en su semilla. De aquí el absurdo y reaccionario carácter masculino que adoptaron para sus campañas y tuvieron casi, en su esencia, las reivindicaciones feministas, hasta ayer.

Pero si la primera propulsora del movimiento fué mujer, la explicación, aunque obliga a dar un rodeo, no es menos sencilla y manifiesta. Esta primera propulsora de los derechos de sus hermanas llevaría en sí el prurito, la idea, pero no la forma, de una sociedad organizada a base de la independencia de la mujer. Esta sociedad, inexistente entonces, no pudo ella crearla, como dicen los franceses, *con todas sus piezas*, de la nada. Forzosamente tuvo que *calcarla*, como toda agresión, sobre los relieves que presentaba a sus ojos la sociedad a base de predominio masculino en que ella vivía. Dió, pues, al feminismo, fatalmente, un carácter de respuesta apropiada a la intemperancia, al apóstrofe, omnipresencia y omnipotencia de la tiranía hombruna. Así, sin querer y hasta proponiéndose lo contrario, *repitió*, en su protesta, la *afirmación varonil*; obtuvo un feminismo que venía a ser una especie de molde en hueco de la sociedad para los hombres que pretendía derrocar. Fué *vira, varona*, y como inventó gráficamente el vulgo, *mari-macho*; mujer, no.

Mujer, desde ahora. Han sido precisos todos estos siglos, se han necesitado la fe y el dolor, las lágrimas en silencio y la desesperación en la impotencia, el desamparo oficial de tantas generacio-

nes de mujeres y, sobre todo, su *protesta interior*, esa protesta interior tímida, ahogada, sin posibilidad de exteriorizarse, que da calidad a la sangre y condiciona una vida para que el Feminismo, como antes la mujer, nutriera lentamente y continuamente, de su propia sustancia, la *costilla del hombre* que llevaba dentro y se manifestara, por fin, ni imitativo ni agresivo; cabal y armónico; flexible y ágil; personal, original, abrigando en su carne, palpitante y viva, únicamente *huesos de mujer*.

Dado el primer paso, los demás se sucederán sin obstáculo. Puesto que ya ha logrado el Feminismo rehacer la sociedad en la *duadidad*, mutuamente aceptada y reconocida, *de derechos*; puesto que ya es un sexo la casta predominante de los hombres, y otro sexo, su copartípe, la turba innominada de las mujeres, nos vamos acercando al momento, no de oponerlos y distanciarlos en una esterilidad de vida que sería imposible y absurda, sino de relacionarlos y acoplarlos nuevamente; esta vez, en la integridad recién afirmada de su persona y sus derechos.

El amor, lo que hasta ayer se llamó por antonomasia el *problema sexual*, es, pues, el vasto campo, erizado, prieto, de broza y cizaña, que espera, desde este momento, el benéfico influjo, ordenador y pacífico, de la mujer.

Hay algo más corrosivo de derechos y más retardatario de futuro que la sumisión forzada de la mujer al hombre, en el terreno civil y político.

Me refiero a su dependencia pasional, a lo que podría llamarse su *sumisión de ectración*. El tipo sabido del alma de mujer abúlica, pasiva, adormilada, *amorosa*; he aquí el grande enemigo de la mujer—y del hombre—. Ha llegado el mo-

mento de circunscribir la acción feminista, aun más que a llenar las cabezas feministas de nuevas teorías, a favorecer en sus corazones dormidos la nueva inclinación.

Digo que ha llegado el momento, porque esta renovación inaplazable ya late, implícita, como un signo en una, todavía imprecisa, pero evidente actitud de la mujer actual ante el amor.

Me refiero a ciertas reservas y exigencias o desencantos y rebeldías (por lo menos *no resignaciones*) de algunas mujeres de hoy que llegan a la hora del amor y que, llegando, no creen *su vida resuelta*, ni mucho menos, *detenida, estancada*.

He aquí el signo.

Parecía que el fin de todo corazón de mujer era encenderse de amor y en él diluirse, acabar... Se tiende—y sería multiplicar de pronto, hasta lo inconcebible, las inquietudes y posibilidades de la vida—a que el amor, en la mujer como en el hombre, sea la hora del corazón en que se ponen a prueba *todos sus otros* afanes, tendencias y anhelos. El conjunto de éstos formaría, en cada caso, la personalidad, lo individual, lo sustantivo, y el amor sería una suerte de fuego impersonal, casi fatal, voluntad ciega de la especie, que no devoraría corazones, sino que fraguaría en ellos, como el horno en sus moldes, la personalidad definitiva.

Amar... y seguir viviendo. Condicionar el amor y no inhibirse en su fuerza elemental. Amar activamente, coloreando y modelando estas nubes que fueron, hasta hoy, oasis de existencias; he aquí lo que modificará totalmente el mundo, quitándole su monotonía y devolviéndole, a cambio de unos cuantos sacrificios austeros y humanos, las infinitas posibilidades del espíritu.

Era un caso de abdicación incomprendible—y todas las mentiras literarias, cómplices de tercería universal, han contribuido a perturbarlo—el de este, hasta ayer, instinto omnipotente que pretendía no dejar pasar del nivel del corazón las aguas de la vida. Y era una abdicación hipócrita, además. Porque nadie ignora, entretanto, a qué baja cifra solía atribuirse, en cada caso, la misión de marcar el pretendido *nivel del corazón*.

Me limito a la simple indicación de un tema. Tiene interés, porque hasta hoy se ha hecho un sistema de oponer *feminismo y hogar*, y por aquí llegaríamos precisamente al *feminismo de hogar*; el esencial y más fecundo.

Ya no se trata de manumitir al menos forzado de los sexos ni de procurar que uno y otro, hasta encastillarse en sus defensas, combatan entre sí como enemigos. Rehechos y, por decirlo así, confirmados en su personalidad uno y otro, ahora se trata de relacionarlos amistosamente o, si quieren ustedes, de reconciliarlos...; pero ¿cómo?

¿Es buen cauce para esa reconciliación el que siempre fué trazo de unión entre los dos, el amor, resentido de todas las sumisiones y con la cicatriz de todos los ligámenes; el amor, hermano de la muerte, tal como ha venido practicándose hasta ayer?

He aquí el nuevo problema: el beso de paz de los dos sexos reconstituídos.

Ya vemos, por experiencia dolorosa, que establecer en el mundo una sincera paz está siendo más difícil que hacer y sostener la guerra...

Pero esperemos que estas beneméritas mujeres que regresan de Ginebra sabrán proceder, en su obra de paz, con más tino y eficacia que las grandes naciones... tan poco femeninas, apesar del género...

Eduardo MARQUINA

DOLOR

— Ante el cuadro castellano de Eduardo Chicharro. —

La casa.

Todo, como a la usanza de Castilla, tiene una austeridad sencilla en ella. La luz, que en su interior se hace amarilla, sobre la loza, al reflejar, destella.

Alargando las sombras en el suelo y dejando en penumbra los fanales, nimba la estancia con el áureo velo que hay en los locutorios monacales.

En el grueso del muro enjalbegado, recio dintel con poyo en la ventana, tanta luz han los vidrios tamizado, que hierre y ciega la pupila humana.

A la estancia vecina, en que reposa el lecho conyugal, de palo santo, luego de que ordenaron cada cosa, nadie entró a profanar lo que amó tanto.

Aunque hay olor a humero y a panera, a aposento regado y lienzo en arca, no acaban de borrar el de la cera que un goterón en las baldosas marca.

Un crucifijo a la pared clavado. Cuadros de estampas con el marco oscuro y una imagen del Niño, en un cuadro fanal de vidrio, sobre el blanco muro.

El crucifijo, de grosera traza, con pardo faldellín y agrios colores; y es un florero de pequeña taza siete agresivas y grotescas flores.

Blanco el mantel, su nitidez de lino contrasta en las figuras con el luto. ¡Sitial sin bebedor, vaso sin vino, es redil sin pastor, viña sin fruto!

Las figuras.

Todas, al levantarse de mañana, sintieron en la casa su vacío. Creyeron que aun gemía la campana, y, en tiempo de cosecha, hubieron frío.

¡Ya no saldrá cuando despunte el alba, con recio andar, a vigilar las huebras, ni al trote largo en la gentil cuatralba de largas crines y de finas hebras!

Hechas que están a la aridez y duras. al verse todas con el negro sayo, sólo fué firme, de las tres figuras, la dulce Paula, en quien florece mayo.

Marta y la madre, como más heridas, doblan, rendidas al dolor, la frente; y andan los niños, temblorosas vidas, con susto y miedo, silenciosamente.

Llegó el yantar; pero en la mesa honrada no apeteció para probar bocado, y hasta en la jarra que dejó mediada nadie ha, después, el mostagán catado.

¡Con firme paso y continencia austera ya no entrará por el zaguán severo, ni han de esperarle, en amorosa espera, la blanca hogaza y el lebril rastreador!

Vano será que la sirvienta moza la hogaza diga aliviará la pena... Vuelven los platos de florida loza al repleto vasar de la alacena.

La dulce Paula, en quien florece mayo, alma será de la enlutada hacienda; ¡ascua de humbre y luminoso rayo que a todas cuida y que la casa atiende!

Y en tanto el tiempo y el dolor presente vayan las pesas del reloj pasando, todo en la casa olvidará al ausente que abrió los surcos y los fué sembrando.

El símbolo.

Esta pobre heredad abandonada, tragedia humilde del solar paniego, es como una manquera que, en la arada, ha soltado la mano del labriego.

Sus puertas cerrará. La troj vacía y paradas la hacedía y el molino; este duelo no es duelo; es agonía de una heredad que señaló el destino.

Y así, a merced de ventolina fiera, como una espiga doblará su tallo. ¡Que es débil puño para tal manquera la dulce Paula, en quien florece mayo!

Luis FERNANDEZ ARDAVIN

FIGURAS DE VERANO

La cupletista económica

A orillas del río Mazanarès unas mujeres cantan, bailan y hacen como que se desnudan. Un público, compuesto de otras mujeres que han cantado y bailado antes, o que cantarán, bailarán y, sobre todo, se desnudarán después, las contempla. Con ellas se co-dean, charlan y dicen chistes que nada tienen que ver con la Academia de la Lengua los mismos hombres que en el invierno frecuentan los teatros de «variétés» y los sordidos cafés conciertos. El espectáculo es por la consumación, y la consumación se compone de gaseosas, café, cervezas y especialmente sidra, que, para mayor refinamiento versallesco, se sirve en porrón.

Estas cupletistas y bailarinas son las indocumentadas, las desconocidas, las que nunca se ven en los teatros importantes. Sus trajes, como sus cuplés y sus danzas, son siempre estrenados por otras. Ellas los adaptan y recomponen a su cuerpo y a su voz. El aire húmedo del río las enronquece más y las hace toser como las malas actrices en *La Dama de las Camelias*, de un modo desgarrador y fatal. Son flacas, esqueléticamente flacas, o gordas, elefantiacamente gordas. Pierden el compás y miran enfurecidas al pianista. Doblan los brazos, separando mucho las manos para no rozar con ellas el vestido, como si todavía chorrearan agua grasienta de los barreños. Subrayan, tocándose el rostro, cuando dicen por gracia del cuplé que es «la más bonita»; llevándose la mano al corazón cuando aseguran que «su chico es tan chulo que se peina con una motocicleta». Pero este subrayado es indescriptible cuando grita alguna de esas bochornosas groserías que hacen prorrumpir en griterío, en coces, en relinchos, en aullidos al público de las gaseosas de bota, café en vaso y sidra en porrón. Terminado «su número», la cupletista baja y se sienta en una mesa, donde ya convidan. Ella pediría una cena, porque, al fin y al cabo, el espectáculo donde está se anuncia como «fiesta montmartresa» y «souper-dansat de artistas hasta la madrugada». Pero la cupletista conoce su público y se resigna a tomar una cañita dorada o un bocadillo que anuncian de jarmón, como a ella la anuncian «cupletista a gran voz y transformación».

Siguen desfilando por el escenario mujeres que graznan, mayan, roznan, balán y tosen y se equivocan; mujeres que dicen son las más hermosas y que fueron duquesas amantes de Goya y grandes cocotas de París en la Exposición de Panamá.

Siguen desfilando las bailarinas que patean el tablado... Bailarinas que bailan todo lo que les toquen, desde el cuplé del «Gitaniño» hasta un «fox-trot», medio habanera, medio minuetto.

La cupletista, «vestida ya de calle», mira con ojos estúpidos a sus compañeras y tose y se rasca las piernas de cuando en cuando.

Y luego, ya de madrugada, al tornar a su casa, cuando en la calle sombría,

calurosa y maloliente donde vive, tropieza a una muchacha vestida de blanco que vuelve de paseo acompañada de sus padres y del novio, la cupletista sonríe melancólica... Piensa en unas lejanas noches de verano en que ella volvía así de Recoletos, o de la «kermesse», con su novio «decente», con una dulcera que le tocó en la tómbola y con la ilusión de un hogar tranquilo en el corazón.

José FRANCES.

ANECDOTAS DE LA BOHEMIA

El pobrecito Juanón

El gran Juanón! El hombre más voluminoso de España. ¡Ciento treinta kilos, señor!... Había venido a Madrid desde su abrupta y vaga Pontevedra a luchar. No traía un drama, ni un poema sinfónico, ni siquiera el proyecto de un magno cuadro de tres metros por tres metros y medio. Traía sólo unos bíceps duros como de pedernal, que nos mostraba a cada instante, doblando el musculoso y fuerte brazo, y exigiéndonos que se los palpásemos.

Juanón, el atlético, el hombre-mole de los ciento treinta kilos, quería ser luchador de las greco-romanas. Había retado al formidable Ochoa. También quería ser boxeador, y andaba por ahí loco preguntando las señas del invencible Carpentier para desafiarse y vencerle en el acto...

Nosotros, en el café, le gastábamos chanzas. Y él, manso, bonachón y noble, nos daba un manotazo, así, risueñamente, y nos apartaba como a las moscas...

Una mala noche, Juanón me dijo, a cosa de las diez, tímidamente:

—Yo que siempre me acuesto a las ocho...

—Y se caía, vencido por la única fuerza que podía vencerle: la del sueño! ¡Oh, señor, el sueño pesado de un peso de ciento treinta kilos!

—La patrona me ha echado porque no le pago—me contó—. Ochoa me tiene miedo. ¡A ver, ahora, cuando me conteste Carpentier!... Ya he averiguado dónde vive en París, y le escribí...

Y me pidió:

—Oye: déjame que me acueste en tu cama...

Le dí la llave.

El gran Juanón, tumbado panza arriba sobre el frágil y miserable lecho, parecía uno de esos osos enormes de las fábulas espeluznantes.

—¡Juanón! ¡Despierta y córrete a un lado, que son las cinco y me muero de sueño—le grité yo, zarandeándole con todas mis fuerzas, a la hora de recogerme...

Y él, sin decir palabra, giró sobre un costado. Acomodéme entonces, como pude, en aquel breve refugio de lecho, y cerré los ojos...

Sofí: Me hallaba junto a una montaña. (Juanón, por supuesto.) Y la montaña se tambaleaba. (Era Juanón, que giraba sobre el otro costado.) Y la montaña se desmoronó, me aplastó la montaña. (¡El buen Juanón, que había dado una vuelta!)

Tuvieron que llamar al médico de la Casa de Socorro, y llegó y dijo: —Magullamiento general...

El bendito Juanón lloraba como un chico.

A. VIDAL Y PLANAS

Los maestros de la Escultura



VIDA INTERIOR, por José Clará.

José Clará ha venido al último Certamen artístico con la resultante de una labor extensa y meditativa. Pocos escultores tendrán una obra que signifique mejor la expresión constante de una exaltación de la forma resuelta del modo más amplio y en el más directo sentido de monumentalidad. Entre otras varias obras, José Clará ha aportado al concurso nacional de arte una escultura que, por sí sola, sería suficiente a cimentar la fama de un excepcional artista. Es tal obra la titulada «Serenidad». En ella puede decirse que quedaba plenamente expuesta toda la estética, toda la sensibilidad del admirable modelador catalán.

No es José Clará uno de los escultores populares de España; es, sin embargo, uno de los más conocidos en el Extranjero, y con ello es España la que se honra. El arte suyo es un valor de tanta importancia como el que corresponde a las primeras firmas escultóricas de los demás países. Su producción ha sido contrastada ya con elementos de primera magnitud, y el cotejo para José Clará ha sido siempre beneficioso. La armonía que impera en toda su obra, su concepto para dar a la escultura una visión arquitectural, separarle del resto de sus compañeros de arte, de los que cual más, cual menos, tienden a expresar en sus obras un ideal extrínseco de la forma. Clará posee de la línea una visión de amplitud y grandiosidad geométrica, y tal concepto iniciado desde sus primeras obras, hoy en perfecta sazón, muéstrase como la resultante de una norma sentida y no abandonada jamás.

JUVENTUD DE

PRINCIPE

— CUENTO —
— PARA NIÑOS —

COLLARGA V, Reina de los cocodrilos sagrados de Egipto, acababa de depositar en las arenas del Nilo los cuarenta hueyos de su real postura. Y el pueblo saurio debía elegir, entre los cuarenta, uno que fuese incubado para Príncipe heredero.

El caso, aun tratándose de un hueyo, era peliagudo.

Pero, reunidos en Consejo los viejos lagartos del reino, eligieron, al fin, un hermoso hueyo, de forma ovalada perfecta, de limpia cáscara y de principesco aspecto.

—Es preciso—dijo un sabio cocodrilo de los allí reunidos—cuidar con todo esmero este embrión. Su vida es preciosa para nosotros.

—¡Viva el futuro Príncipe!—gritaron con entusiasmo los demás lagartones.

A los sesenta días de incubación, el Príncipe Nilito rompió la blanca cáscara que le aprisionaba.

El diminuto cocodrilo era una preciosidad. Verde, viscoso, de un palmo de largo y sin ningún diente.

Lo primero que hizo al salir al mundo fue echarse a llorar. ¡Al fin, cocodrilo!

Nadie hizo caso de aquellas lágrimas; pero un lagarto cortesano hubo de decir ante la Corte:

—Hora es ya de que dignifiquemos la especie. Llevamos siglos enteros siendo reptiles... ¡Basta de arrastrarse!... ¡Subamos en la escala zoológica!... ¿Por qué no hemos de ser mamíferos?...

—¡Bravo, bravo!—gritó la comparación.

—Yo os propongo—continuó diciendo el cortesano—que pongamos al Príncipe Nilito «en arena». Busquemos un animal que tenga buenas tetas y leche en abundancia. El Príncipe mamará, de seguro, y transformará así su especie reptilicia.

El Consejo de ancianos juzgó muy acertada la idea del sabio, y fué elegida una hermosa vaca de los lejanos prados de Lugo para amamantar al recién nacido.

La vaquita fué llevada a Palacio y vestida fastuosamente.

¡Había que ver qué bien la sentaba el traje de gallega!...

El Príncipe Nilito lloraba y lloraba sin cesar. Aquellas «perras» llegaron a alarmar a los doctores de cámara.

—Es que no puede echar los dientes—decía el ama de cría, que estaba esperando impaciente el clásico regalo que a las «amas» se hace cuando brota el primer incisivo en las encías de los mamancillos.

—Habrà que darle una cucharada de esta «Denticina de Faraón»—recomendó un lagarto doctor, inventor de la tal denticina.

Así se hizo. Pero los cortesanos, creyendo que adelantarían más, dieron al Príncipe tres cucharadas, en vez de una, del maravilloso meniurges.

El resultado no se hizo esperar. A Nilito le brotaron tres hileras de dientes, a setenta y cinco dientes cada fila, y el «carra» recibió de la Reina Collarga la friolera de doscientos veintiséis regalos...

Destetado el Príncipe empezó a comer con gran apetito. Su piel se hizo lustrosa; su cola, espléndida; las escamas del dorso, brillantes y fuertes.

La educación del joven cocodrilo fué severa y científica. Se le enseñaron las pirámides, geométricas; el río azul, geográfico; la historia de las dinastías «collargas», y el modo de devorar, anatómicamente, a los indígenas que solían servir de alimento a Nilito.

Pero el porvenir del Príncipe preocupaba sobre todos los demás cuidados a las gentes del reino de Cocodrilicia.

—Es preciso conducirlo ante la esfinge—dijo el saurio sacerdote.

—La esfinge es muda—contestó un erudito.

—Esta vez hablará—añadió un lagarto cortesano, que era además catalán y comisionista.

Y la esfinge habló, en efecto.

Conducido con regia pompa el Príncipe Nilito ante la enigmática mole, hubo de preguntarla, moviendo sus reales mandíbulas dentadas:

—¿Qué porvenir me reserva el Destino implacable?...

Con gran asombro de los presentes en la ceremonia, la esfinge respondió así:

—Tu porvenir es claro como las aguas de la lluvia. Si eres prudente, tu pueblo te amará. Si eres dadivoso, tu nombre será bendito. La suerte será tu inseparable compañera. Tendrás honores, tierras y riquezas. Y al fin de tu vida alcanzarás un muy alto destino...

Calló la esfinge, pero no callaron los comentarios de los que oyeron el sensato oráculo.

Lo que más chocaba era que la siempre muda esfinge hubiese hablado.

Todos los cocodrilos se hacían lenguas del maravilloso suceso.

Confiado en lo favorable del augurio, el Príncipe Nilito se entregó a todos los placeres de su vigorosa juventud sin continencia alguna. Al principio pareció que la suerte le acompañaba en todo, pero luego, ante su mala conducta fué abandonándole poco a poco...

Olvidó el Príncipe las recomendaciones de la esfinge.

¿Fué dadivoso?... Lo único que el regío cocodrilo daba en abundancia eran, terribles coletazos para matar a sus víctimas y devorarlas...

¿Fué prudente?... No fué prudente ni para esconderse entre las plantas acuáticas cierto día en que unos cazadores le persiguieron con ánimo de darle muerte.

Aquella falta de prudencia costóle la vida. Un afilado arpón vino a clavarse en sus reales lomos.

El Príncipe quiso cortar con los diestros los múltiples y finos cordeles que sujetaban el dardo mortífero. Pero los recios hilos entraban en los espacios intermolares, haciendo estéril el soberano esfuerzo. Desangrado y sin poder alguno lanzó sus lágrimas postreras; y fué arrastrado a la orilla y en ella dividido y despedido. Un fuerte olor a almizcle emanaba de su real cuerpo. A que!

fué el perfume de sus funerales. El oráculo de la esfinge se cumplía al revés. Nilito no fué amado ni bendito en vida.

Un viejo zapatero del Cairo exponía en el escaparate de su bien surtido tenducho un cartel que decía así:

BOTAS DE PIEL DE COCODRILLO

::: 75 pesetas, par :::

Aquel cuco zapatero había, sin duda, adquirido la piel de Nilito y no era un destino muy alto el que la había dado.

Todo el orgullo del Príncipe quedaba a ras del suelo. ¡Oh, miseria de las grandezas terrenas!...

Pero ¿por qué había hablado la esfinge?...

La siempre muda esfinge había hablado porque aquel lagarto comisionista catalán, que vivía en la corte, era el representante de una gran Casa de fonógrafos y había tenido buen cuidado, la noche anterior a aquella en que la ceremonia se había desenvuelto, de ocultar tras la boca de la granítica estatua un lindo y perfeccionado gramófono con su correspondiente disco, en el que se incluían los consabidos preceptos a los príncipes que han de reinar en la tierra.

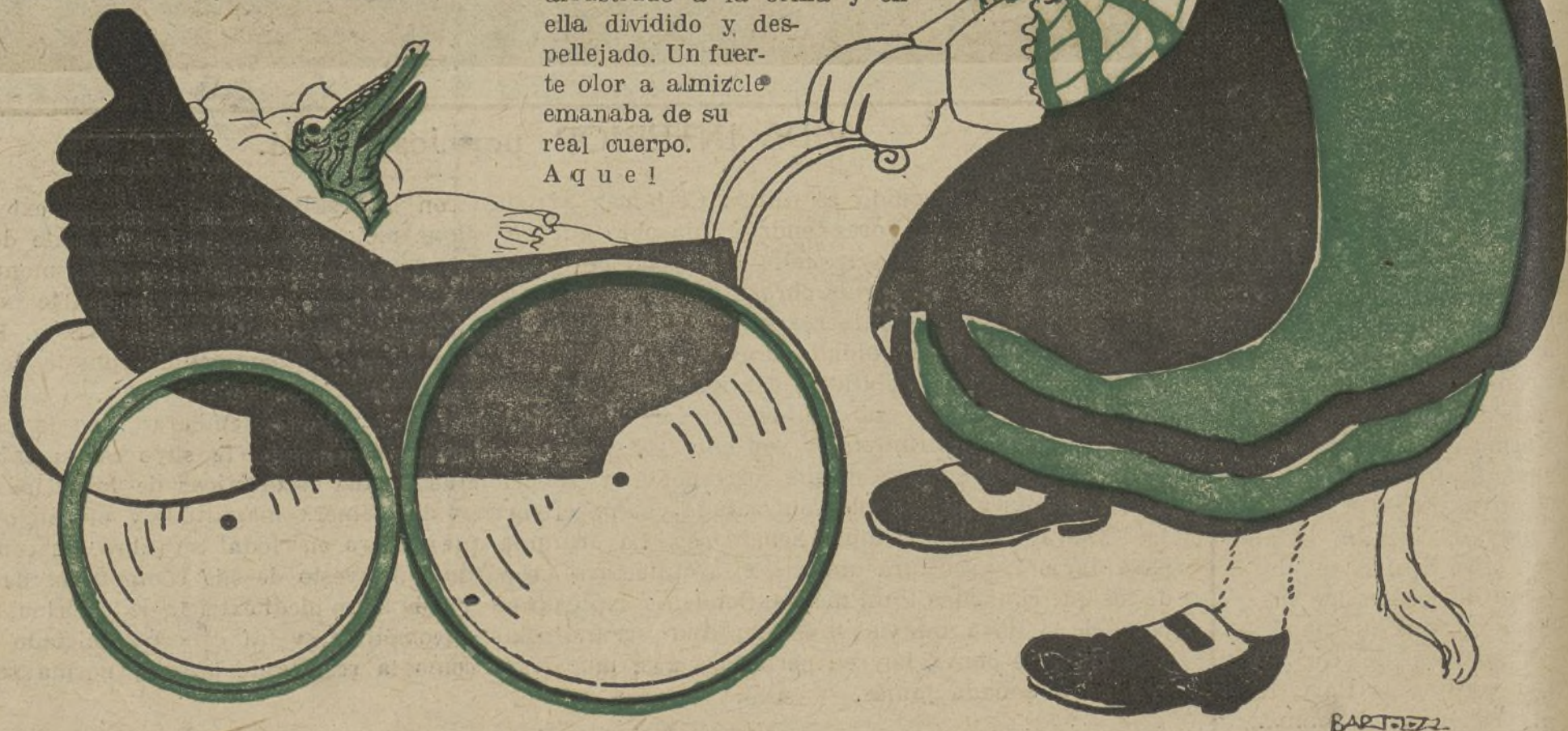
El pueblo, siempre dispuesto a admirar los prodigios, quedó con la boca abierta ante la esfinge que hablaba con la boca cerrada. Y el comisionista sonreía hipocritamente. Que la sonrisa, como el llanto, es pura hipocresía en los cocodrilos.

La estratagema estaba bien urdida, pero el resultado fué fatal...

Cuando los príncipes no amoldan su vida a las leyes morales de la sobriedad, de la continencia y de la justicia; cuando su propio instinto no los inclina hacia el bien, es inútil que escuchen en el oráculo, más o menos catalán, del porvenir el eterno disco de las recomendaciones palabreras para uso de príncipes y cocodrilos.

Luis DE TAPIA

Dibujos de BARTOLOZZI.



ARTE OLVIDADO LA LITOGRAFÍA

EN Francia fué donde, apenas nacido, y con belleza y lozanía grandísimas, arraigó y se desarrolló más ampliamente el arte cuya invención disputara al bohemio Senefelder el gran músico Weber, por sus diferencias y rivalidades con aquel otro excelente maestro de la armonía, Gleissner, decidido Mecenaz del iniciador de tan sencillo y bello procedimiento artístico. Las aficiones de Mme. Tallien; los entusiasmos de la duquesa de Berry re-

hacia la belleza de la Naturaleza o la agilidad de los animales, por los modos del dibujo sobre la piedra, en la corte francesa, y con iguales medios, Daumier fustigaba duramente la política de su país; Gavarni ponía la sutileza de su inspiración hasta en los modelos que Humann, el modisto en boga, lanzaba para desesperación de grisetas sensibles; Deveria llevaba a la finura de su trazo un sentido de clasicismo bien aderezado con una



TIPO DE MUJER DE LIVONIA. — Litografía de Grévedon.

produciendo sobre la piedra los paisajes de Rosny, su tierra natal; los ensayos realizados por el duque de Orleans, que en los talleres del Palais Royal y las Tullerías dedicábase a ilustrar profusamente los «Viajes de Gulliver», trabajos que, con pericia de experto, imprimía después el mozo duque de Burdeos, alentaron de modo positivo los esfuerzos realizados en pro del arte que Ingres, Prud'hon, Ver-net y Gericault sancionaron con sus talentos en la vecina República. Los tiempos de Luis Felipe y de Carlos X no tuvieron mejor medio de difusión artística que el de la estampación litográfica, y en tanto en Alemania Werner interesaba el amor patrio con escenas militares y Gille impulsaba el sentimiento

sagaz observación para los hábitos y costumbres de su tiempo, y el melifluido Grévedon, fervido discípulo del gran Regnault, hacíase el más exaltado adador de las bellezas de su época. Y el interés que tales ingenios prestaron a la litografía dice bien de las excelencias de un procedimiento olvidado hoy, o tenido tan sólo en relativa estima para menesteres de industria o de comercio.

Aquellos intentos que tantos desvelos costaron a Senefelder—extendiendo los ácidos y las tintas grasas sobre las piedras con que se embaldosaban las casas de Baviera, al reproducir en primer lugar, por profundo agradecimiento, doce canciones que Gleissner, su protector, le dedicara—repercutieron pronto en el mun-



ALEGORÍA DE MARZO. — Lit. de Grévedon.



ALEGORÍA DE JULIO. — Lit. de Grévedon.

do del arte, y no fué pequeño propagandista del naciente sistema el valeroso general Lejeune, que supo convencer a Napoleón de la utilidad que en París podría reportar un taller litográfico. Por aquel tiempo también, de 1807, un avisado barcelonés, residente a la sazón en la corte de Baviera, aprovechando los primeros momentos del descubrimiento, y con ocasión del paso de nuestras tropas, del reino de Etruria a la embocadura del Elba, al mando del marqués de la Romana, dió a la estampa un pequeño volumen, titulado «Manual del soldado español en Alemania», en el que aprovechaba las ventajas del invento, rindiendo de pasada un tributo a la gallardía y valor de nuestro Ejército, pues en el frontispicio, y con no poca soltura y donaire, veíase cómo dos militares, un francés y un alemán, quedaban admirados de la marcialidad derrochada por un apuesto oficial hispano. El propósito de Gimbernát, que así se apellidaba el catalán, de dar a conocer el procedimiento litográfico en España, no quedó perdido, pues el Rey Fernando, contra su habitual desidia y abulia, fundó en 1826 un taller de litografía del que salieron no pocos ejemplos de belleza y arte. Y la atención que en Francia dispensaron al nuevo género los pintores de fama principal, tuvo igualmente en España su muestra, pues el genio del más sabio e impetuoso de nuestros coloristas, D. Francisco de Goya, valoró y ensalzó, con pruebas admirables, los efectos que en la litografía podían conseguirse: pruebas que más tarde conmovieron el espíritu de los artistas aleccionados en los talleres de D. José Rivera, Aparicio y Mardrazo.

Como rápido meteoro, al decir de Bouchot, puede tenerse al arte litográfico. A buen seguro que contribuyeron a su breve reinado lo fácil del procedimiento y la inmediata propagación que obtuvo. A la litografía se acogieron como medio insuperable y necesario los periódicos satíricos o de propaganda artística que más circulación alcanzaban por los años que siguieron al de 1830; la caricatura al uso, el retrato, el libro de crecida tirada y la reproducción del cuadro o la escultura, en la que nadie pudo superar, por cierto, al sajón Owen Jones. Sin la litografía, la literatura dominante hubiérase visto privada de su mejor comentario gráfico y la leyenda napoleónica no hubiese alcanzado la popularidad que consiguió. De Charlet y Raffet se dijo que solos habían preparado el segundo Imperio, y en justicia puede afirmarse que con su pericia para dibujar sobre la piedra hicieron más, porque a raudales asentaron el buen gusto de su tiempo y con brío y pujanza admirables sellaron una época bien cargada de arrestos y elegancias, un tanto ignorada. En la jerarquía artística tiene la litografía un puesto de honor, con grados de tanta elevación como los que puedan asignarse a la pintura original; que, como en ésta, en aquélla puede darse la nota personal e indicar las variantes de un temperamento, porque los medios de que dispone para exteriorizarlos son tan libres en la una como en la otra. El famoso Gigoux condoliase siempre de que en el Louvre no se le hubiera rendido a la litografía el merecido tributo, asignándole una sección especial, pues, a juicio suyo, poca diferencia existía entre la tela debida a la inspiración del artista y una de esas bellas estampas de las que emana el talento creador con idéntica fragancia y lozanía. Y nada tan justo como la tal apreciación del respetado y experto pintor francés. El arte litográfico es manifestación que merece alguna mayor preferencia que la que hasta el día se le ha otorgado. Una seleccionada colección de pruebas demostraría el mérito de esta ramifica-

ción artística y haría resurgir aficiones y entusiasmos que hoy están totalmente decaídos o relegados a la exquisita sensibilidad de un reducidísimo número de «amateurs». Que con la litografía puede alcanzarse la más depurada expresión de una modalidad espiritual muestran los grabados que ilustran esta nota, los tres debidos al famoso Grévedon, con quien el arte litográfico, logrando una expresión suprema de belleza, finura, delicadeza y suavidad, alcanzó en Francia, allá en los años de 1830 a 40, su período de más esplendoroso imperio en los gustos del público. Pero no es este

mas que uno de los varios aspectos en que el procedimiento se exterioriza, porque tan importante como su cualidad de vulgarización de arte es la infinita serie de elementos que posee para quintaesenciar su propia porción de belleza; díganlo si no los cromolitografiados dibujos de «La Alhambra», de Goury; «El viaje de Crimea» o las pruebas de la «Toma de Roma», del ya citado Raffet, o las muestras coloreadas y admirables de «Las planchadoras» y «El vendedor de anteojos», de Gavarni.

C. PALENCIA TUBAU

Grabados de la Colección LOPEZ BARBADILLO.

LA EVOLUCIÓN DE LA LITERATURA DE GUERRA

Tres libros representativos

La literatura de la guerra ha pasado por bien diversas modalidades. Ellas son el mejor documento para conocer la lucha de valores psicológicos que se debatía más allá del choque material. Sería interesantísimo un libro dedicado a la síntesis histórica de esa que podríamos llamar *ultra guerra* o guerra ulterior. En él veríamos reflejarse el crecimiento lentísimo de la planta humana.

Pero ¿no podríamos clasificar en tres grandes agrupaciones esa literatura representativa y refleja? El primer grupo sería el de las modernas formas de la gesta épica; la guerra cantada todavía como bello espectáculo, fuente primordial de poesía, base de selecciones humanas, fundadora de pueblos. Tipos de esa modalidad: D'Annunzio, Kipling. Es una forma de persistencia estética, gloriosamente arcaica, sobreviviente, a pesar de su anacronismo junto al grado actual de la civilización. Corresponde a lo que se llamó el arte por el arte; canta la guerra por la guerra misma; créala todavía un excitante poderoso de las virtudes morales del hombre, acaso por un recuerdo inconsciente de los orígenes mismos de la palabra *virtud*, análoga a *fuera*.

El segundo grupo es el de los escritores de transición, mixtos de cientificismo y atavismo. La guerra es una afirmación de la personalidad nacional, cuya norma ética es distinta de las normas morales que rigen la relación entre individuos. Pertenecen esos escritores a la tradición maquiavélica. En monstruoso y hasta cínico contubernio alían la religión positiva y la impiedad patriótica o imperialista para mejor servir un criterio pragmáticamente oficialista. Hijos del positivismo, reducen a él las apariencias externas de la tradición política y religiosa. Su escuela podría definirse: el confesionalismo de la impiedad. Sus tipos representativos son Maurras, Barrés, Bourget. Su fórmula se corresponde con la del arte docente; la guerra como medio de alimentar la voracidad racial de las patrias. La Alemania de Guillermo II perteneció a esa escuela.

Pero hay, en fin, otro grupo: el de los que apelan a la Humanidad contra la guerra; los que cantan la guerra como epopeya inversa o infernal, con su estela de horrores, para sacar de ella el sublimado trascendentalismo de la ascensión humana. La Francia actual ha tenido tres grandes nombres correspondientes a esa modalidad, en diversas formas: France, Rolland y Barbusse.

Hoy tengo sobre mi mesa tres libros dispuestos a recibir mi comentario marginal en vuestra compañía, lectores. Aunque con distinta trayectoria, representan los grados de esa jerarquía.

Son tres novelas de tendencia. La primera se titula *La aventura de las gita-*

rras, de René Bizet. Narración en torno al espionaje, asunto fecundo en leyendas, propicio a las barbaries vengativas de la delación y a los atropellos jurídicos. ¿Acaso el fatídico poste de Vincennes no guarda la memoria de muchas víctimas sacrificadas a ese despertar de viejos dioses en la selva primitiva, encarnaciones del odio de la tribu? El personaje central de René Bizet recuerda aquel capitán Ribnikof, de Kuprin, en quien el espionaje nipón tomó carne viviente. Pero el héroe de Bizet carece de toda grandeza. El escritor francés no alcanzó a despojarse de su naturaleza inferior de beligerante para cantar la violencia astuta, pero poética, del enemigo. Como fondo ocasional del libro, un viaje a través de España origina descripciones justamente evocativas, en especial la visión de Barcelona.

Aquí está otra novela francesa de guerra, ya más considerable: *El precio del hombre*, de Jean de Granvilliers. Su autor ha querido construirla como una palinodia, entonada sobre el recuerdo de los antepasados familiares, nobleza gascona empapada en los prejuicios de la guerra dorada y gloriosa. Las descripciones son fuertemente sobrias; con un rastro de viejas lecturas clásicas. Al leerlas volvían a mi memoria las páginas de *La Débâcle*, sugeridas hasta por algún retorno de las mismas frases despectivas de antaño. ¿Cuál es el asunto interior, latente, transcendental de esa novela de Granvilliers? A su protagonista, un vasco, Miguel de Larreguy, se le presenta la guerra como lección humana, como valor colectivo, y aunque él alcanza a ver la inanidad de los tópicos viejos que resucitan bajo el ala de la guerra, como polluelos del águila siniestra, acepta todavía la idea sacrificial y expiatoria, el sentido del heroísmo negro. Hay en esa narración una mujer singularmente evocativa: Marcela, la hija del molinero lorenés, que muere como una monja alférez en una vaga reencarnación de la otra Virgen lorenense: Juana.

Pero aquí tengo también el tercero de mis libros simbólicos. Este sí que encubre un valor de aleccionamiento brutal y sanificador: *El hombre es bueno*, de Leonhard Frank. Aquí podemos ya abandonarnos al consuelo de que la semilla sangrienta caída en las trincheras, ávidas como surcos de cosechas prometidas, no quedará estéril.

¿El hombre es bueno? ¿Cómo? ¿Un renuevo de la vieja ilusión de Rousseau, renovada por Tolstoi? No. Una diatriba contra la civilización sobre los campamentos hediondos todavía, contra esa civilización que ahora quisiera escandalizarse farisaicamente de los horrores revolucionarios, olvidando que ella acaba de fracasar entre la mayor carnicería que ha humeado bajo los cielos. De las gran-

des oleadas de pesimismo surgen, como una marea compensadora, las grandes ilusiones optimistas y redentoras. El buen Rousseau se equivocaba seguramente en la letra, no en el espíritu—cuando proclamaba su fe en la bondad ingénita y natural del hombre. Pero no se equivocaba al afirmar que la sociedad, esta sociedad, maleaba a los hombres, educándolos para una obra perniciosa y vil. Si el hombre es malo por la infusión de su naturaleza nativa, ya sea ésta pecado original, ya sea ancestralidad de simio, hay que infundirle una naturaleza nueva y bondadosa; y ésta no es, ciertamente, la fracasada civilización que divinizó la guerra y convirtió en heroísmo el asesinato.

Este es un libro alemán. ¡Oh, noble compensación de la era odiosa de las victorias! Alemania, por este libro, es la verdadera vencedora de hoy, ante la Francia misérea, derrotada por el despertamiento de la victoria envilecedora, capaz de subvertir los grandes valores morales y de sacrificar sobre los altares de Cristo las antiguas hecatombes. Este libro canta el retorno de las puras idealidades al corazón entumecido por las armaduras que le ciñó Moltke; el posarse de las palomas simbólicas sobre los yermos abandonados; el brote de flores nuevas sobre los torreones que sostuvieron las banderas provocativas...

Voy hojeando sus páginas inflamadas, balbuceantes, trémulas, como frases des acostumbradas, deletreo de hombres devueltos milagrosamente a una nueva infancia. Apelaciones del hombre a su primaria simplicidad, a su propia *humanidad*, a su originario salvajismo, para rehacerse de nuevo libertándose del orden asesino, educador para el mal. «Querramos volver, al fin, a ser nosotros mismos... De esta era de la utilidad, el orden, la organización y la razón; de esta era del egoísmo, el dinero, el poder, la violencia, la mentira y la autoridad, nada quedará sino un escalofrío de horror ante ella, y, para las generaciones más tardías, una carcajada.»

Súbitamente, ante uno de los episodios rudimentariamente engarzados, a modo de rapsodias, que constituyen ese libro, un recuerdo se levanta en mí: *Servitude et grandeur militaire*, esa otra rapsodia inmortal de Vigny. También el gran poeta francés, saliendo de la heroica barbarie de las guerras napoleónicas, se plantea el conflicto trágico entre el deber moral y la abnegación guerrera. Pero entre esas dos disciplinas, la de Vigny y la de Frank, que es la misma de Tolstoi, media una evolución consoladora, que descubre la marcha del hombre hacia su conquista interior, la conquista de su conciencia. Es el tránsito de la obediencia ciega a la obediencia clarividente y luminosa. Los hombres de Vigny se inclinan todavía ante el Arés inmemorial y rojo, no se atreven a examinar los designios de la divina dureza. Los hombres de Frank reconocen oscuramente el pecado que ese genio (el militarismo) es ante Dios y los hombres, sufren por estar sujetos a él, y no pueden emanciparse. Los hombres de mañana optarán, vencedores de sí mismos, por la otra voz imperativa que hablaba, sin éxito, a los protagonistas de Vigny. El mundo actual, como uno de los personajes del propio Frank, «parece un ser no nacido, que se queja porque no puede ser dado a luz».

Y en el fondo de las trincheras removidas, que se nos antojan las catacumbas inversas en que, a pesar de todo, germina el ideal libertador, la nueva conciencia ha brillado, por momentos, como una lámpara titilante, rodeada por el horror de martirio de esa «corona de miembros humanos, que es transmutada, a fuerza de mentir, en corona de laureles».

Gabriel ALOMAR

LA BRUJA

La criada no hacía más que ir y venir a lo largo del bulevar, haciendo gestos desconsoladores, preguntando a todo el mundo si había visto a una niña vestida con un gabancito colorado.

—Ya ve usted, a nada que una se descuida. Yo no sé cómo ha podido ser. Nada: un momento que fui ahí, a esa portería, a beber un poco de agua.

Y seguía de arriba abajo, lamentándose y mirando a todo el mundo con ojos asustados e interrogadores.

—En cuanto se entere la señorita, no sé lo que va a pasar. ¡Con lo bien que estoy en la casa!

Si advertía que alguien le prestaba una atención notoria o interesada, ella, tan pulcra en su traje negro y sencillo, con su delantal blanco de hombreras, sentía acrecentar en su pecho el cariño por la niña, y sus detalles eran más amplios y llenos de ternura.

—Sí, lleva un gabancito colorado, una capotita de terciopelo negro, es rubia y, ¡ay!, no sabe usted lo monísima que es. Las botinas son color crema. Se llama Rosa; Rosita le llamamos en casa. Y es así, chiquitita; tiene siete años. ¡Ya ve usted, una monería! ¡Dios mío! ¿Dónde estarás, Rosita? Tendré que decirselo a su madre. ¡Y quién se atreve! ¡Menudo disgusto! ¡Y si no parece? ¡Ay, Dios mío!... ¡Qué voy a hacer! Con lo bonitísima que es...

Y los ojos se le llenaban de lágrimas. Todos los transeúntes se paraban a su paso, rodeándola, curiosos, y se compadecían a la vez, tanto de ella, la criada descuidada, como de aquella niña, de familia acomodada, que se había perdido.

Rosita había cruzado a la acera de enfrente y, mirando los escaparates, tan adornados, se distrajo, metiéndose por una calle un poco apartada y solitaria, pero donde había una espléndida confitería. Rosita era muy golosa, y en cuanto veía dulces se olvidaba de todo. Y aquel escaparate era para ella un descubrimiento importantísimo. ¡Ya sabía dónde había una pastelería más! Y sentía gran gozo ante la posibilidad de que le compraran tanto dulce, que miraba largamente, con ojos muy abiertos e inquietos.

Cerca de allí había una mujer que, recostada en la pared y envuelta en un oscuro mantón viejo, pedía limosna con voz lastimera y monótona. Pero desde que viera a la niña, una leve sonrisa triste se dibujó en sus labios, y sus ojos, brillantes por la fiebre y el hambre, se habían hecho más tiernos y la miraban como en éxtasis. ¡Era tan linda Rosita! La pobre mujer la miraba, la miraba, y por debajo del mantón sus brazos sentían el deseo de tenderse hacia ella, como hacia aquella hijita muerta algún tiempo atrás. Aquella hijita que era lo único que le quedó en el mundo, su único amor, y que al morir se llevó consigo la alegría de toda su vida. ¡Su hijita! ¡Con la humillación que, por ella, soportó todos los trabajos, hasta los más crueles e inconfesables!... ¡Y la nena se había muerto! Desde entonces ya nada le importaba, y esperaba tan sólo la muerte. Y, al ver aquella niña, creía ver a su hijita, porque era así, como ella, rubia, con su carita de ángel, y hasta su mismo gabancito colorado parecían a aquel otro que, con tantísimos sacrificios, le comprara el último invierno que vivió, porque había muerto en un invierno frío y triste, cruel para con los niños pobres. La miraba, y parecía ver a su hijita, que también era muy golosa y se paraba en los escaparates de las confiterías llorando por que le comprara dulces. ¡Sí, era como su hijita! ¡Su hijita rediviva! Y todo su antiguo amor de madre la enterneció, y apenas sin poder andar, apoyándose en un nudoso palo, se fué acercando a la niña, estremecida de miedo como ante una aparición. Cuando estuvo junto a ella, con vez mirosa de madre solista, le dijo:

—¿Te gustan los dulces, picarilla?

—Sí, señora. Ese, ese de ahí sí que me gusta.

—¿Y cómo te llamas, preciosa?

—Me llamo «Rosita».

—¿Rosita?

—Sí, sí, «Rosita». Mire, mire, ese sí que es rico: es de «quema».

—¿Cuál te gusta más: aquél o este de crema?

—Los dos, los dos.

Y la pobre mujer sintióse conmovida, como en el tiempo antiguo, por aquel

deseo tan vehemente de la niña, que era idéntico al de su hijita; y, metiéndose una mano en el pecho, sacó un trapito sucio, hecho nudos, y le dijo:

—Si te compro una crema, ¿me darás un beso?

—Sí, sí, muchos besos te doy. Anda, «compamela».

Se sintió tan llena de amor, tan desvanecida de dicha, que, desatando aquel trapito, contó las pocas monedillas que transeúntes piadosos habían puesto en su mano de mendiga, y casi arrastrándose se metió en la pastelería para comprar a aquella niña una crema con el dinero que había pedido para comer ella, que tantos días no comía. Y desde dentro miraba a través de los cristales a la niña con una melancólica ilusión...

El confitero, hombre grueso y de crespos bigotes, después que había guardado el dinero en el cajón, comentó indignado:

—¡Y pedir limosna para luego comprar dulces! ¡Habrás visto cosa semejante! ¡Ande, ande, que es poco cuanto dicen!...

Y la pobre mujer, con la crema muy envuelta en un papel blanco, salió silenciosa con los ojos anegados en lágrimas.

Quando la noticia llegó a la casa, todos se estremecieron alarmados, y los pasillos vibraron bajo pasos recios y apresurados. Todos se fueron a la calle a buscar a Rosita, que no parecía por parte alguna, y como ya suaves sombras iban iniciando el crepúsculo, el padre, algo más sereno, tomó cautas medidas para que fuera más eficaz toda gestión. Pero pronto se supo por el confitero que una vieja, arrebujaada en un mantón, había estado hablando con la niña, haciéndola caricias con sus manos sarmentosas y sucias de mendiga. Y ya orientados, al cabo de mirar a lo largo de las calles de los alrededores

con un cuidado detenido y grave, encontraron en una plazuela, sentada en un banco, a la astrosa mujer, que tenía sobre sus rodillas a Rosita, riendo y parlotando, mientras que daba palos al aire con su tosco báculo.

La madre, ansiosa y rápida, tomó en los brazos a su hija y oprimióla fuertemente contra su pecho y cubrió su carita, fresca y sonrosada, de besos nuevos y festivos. Transportada de dicha, unas lágrimas rodaron suavemente por sus mejillas; y al juntarse sus rostros, en los bucles dorados de Rosita se prendieron efímeras perlas temblorosas...

El padre, encolerizado, hablaba a un policía:

—Nada, nada, llévensela. Estoy dispuesto a que esto no quede así. Esta vieja será quizás la que mató a ese niño de que hablan los periódicos, para sacarle la sangre. Sí, sí, cójanla, cójanla.

Y los policías, cogiendo a la pobre mujer, que sin dejar de mirar absorta a la madre y a la hija parecía encorvarse más en el banco, zarandearonla diciendo:

—¡Vamos, vamos a la Comisaría! Anda, que puede andar.

Y la mendiga cayó desplomada, clamando roncamente:

—¡Mi hijita!...

Ya en la casa, todos, alegres, mimaban y acariciaban a Rosita con un amor que se había hecho más exaltado ante la desgracia. Y la madre decía a la hija:

—Mira, hija mía, esa vieja era una bruja; te iba a sacar tu corazoncito.

—Sí, pero me ha «compado» dulces y tú no me los «compas».

—¡Es la bruja, hija mía, y quería matarte!

—¡La «bujá»!... ¡La «bujá»!... ¡Uy, qué miedo, mamá!

Joaquín AROCA.

GRAFICO-HISPANO
FOTOGRAFADO

ARTE GALILEO 34 TELÉFONO: J. 859

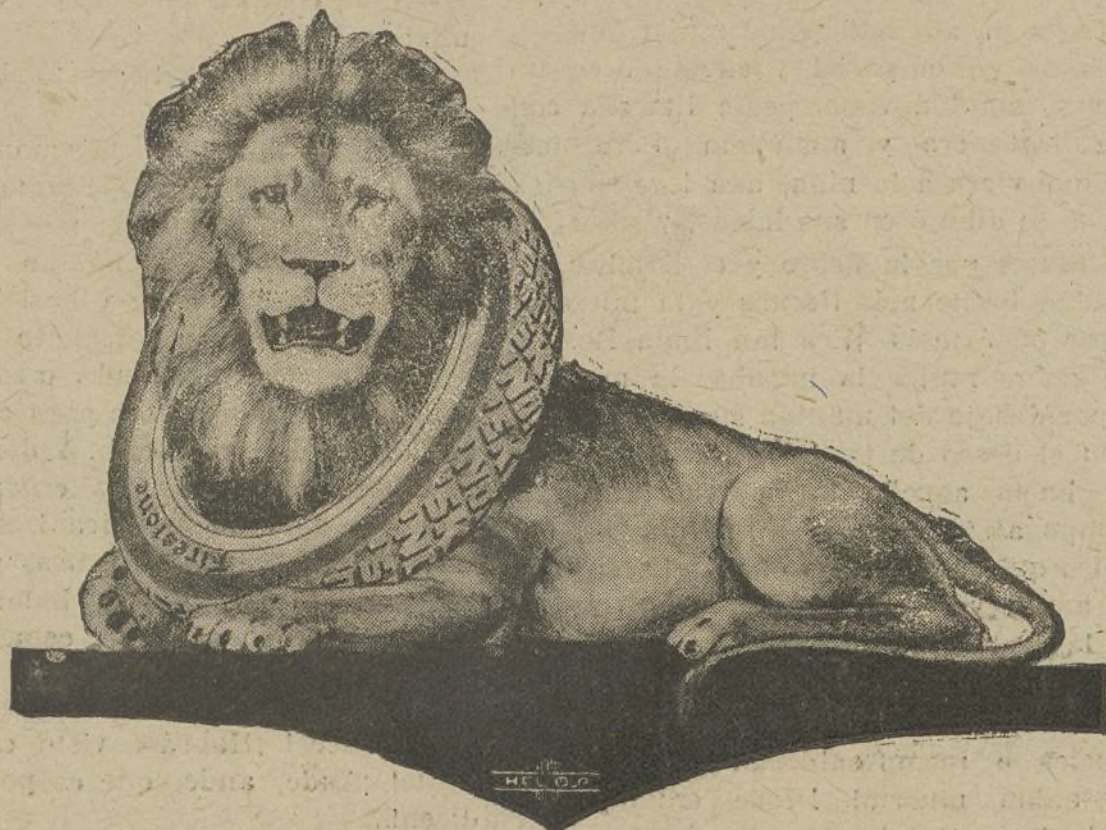
AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

Bóveda (LUGO)

EL REY
DE LA SELVA
Y
EL REY
DE LOS CAMINOS



"Firestone" TIRE & RUBBER CO.
MADRID

Alcalá, 60.
Teléfono, 4184.

BARCELONA
Rosta, Ana, 2 y 3.

VALENCIA
Dí y Margall, 26.

BILBAO
A. Mazarredo, 15.

CARLOS COPPEL

FABRICA DE RELOJES

Fuencarral 27

Madrid

DEPOSITO DE
LOS RELOJES
DE PRECISIÓN
M. Z. A

CERTIFICADO
DE GARANTIA
CON CADA
RELOJ

